ESPAÑOL Y PORTUGUÉS ¿PODRÍAN HABER SIDO LA MISMA LENGUA?

RAFAEL DEL MORAL

Los antepasados de portugueses y españoles hablaban la misma lengua. El tiempo, las fronteras, las influencias, han alejado a unos de otros. Aquel latín común se fragmentó en hablas que murieron apenas nacidas, como el mozárabe; en dialectos que frustraron su andadura, como el asturiano (que fue objeto de mi conferencia en el congreso de Gijón); en idiomas que pronto estuvieron condicionados (como el catalán que necesitó al español, o provenzal que necesitó al francés); y en cuatro lenguas que evolucionaron hasta alzarse como nacionales y luego internacionales. Es el caso del español, del portugués, del francés y del italiano. No vamos a entrar en las razones históricas del progreso de unas y condicionamiento o letargo de otras, no nos corresponde. Me voy a ceñir a la sutileza de las dos herederas más aventajadas del latín en número de hablantes, el portugués y el español, en las razones de su distanciamiento, y en lo que hubiera podido suceder para que nunca se diferenciaran. El tema es, por tanto, el de la ficción lingüístico-histórica observada desde cierta subjetividad pero con el fundamento de lo que otras veces y en otros lugares ha sucedido con las lenguas.

Tomemos, para ejemplificar mi ficción, a mil hablantes de español de profesiones medias y residentes todos ellos, pongamos por caso, en el madrileño barrio de Moratalaz; de unos cuarenta años y acompañados de sus progenitores y de sus hijos. Los separamos en grupos de cien y los llevamos a diez islas desiertas sin posibilidad de comunicación entre ellas. Si pudiera llevarse a cabo un experimento de este tipo, el lingüista tendría la oportunidad de observar el desarrollo, en muy poco tiempo, de diez variedades dialectales que serían mutuamente inteligibles durante algún tiempo, pero abocadas a diferenciarse hasta hacerse incompresibles. El resto de la evolución queda condicionada a las relaciones entre unos y otros, a los enlaces, a los pactos y al poder político. Si en cada una de las diez islas se instaura un poder independiente y equilibrado con las otras, las posibilidades de acercamiento serían nulas. Si por alguna circunstancia azarosa los territorios se unifican al mando de un poder único e influyente, unos dialectos desaparecerían,

otros se mantendrían sin evolucionar, otros, y otros crearían un bilingüismo con la lengua principal.

Pues bien, español y portugués hubieran podido ser la misma lengua si una de las cuatro circunstancias históricas que voy a comentar hubiera sido distinta.

Llamaremos a la primera, la contumacia del pueblo asturiano; a la segunda, el reparto territorial de un rey leonés, a la tercera, la trampa de la nobleza castellana aliada con la aragonesa; y a la cuarta la identidad del pueblo portugués con su expansión marítima.

PRIMERA CIRCUNSTANCIA

Los reyes astur-leoneses luchan contra los invasores islámicos

Esas mismas islas de que hemos hablado se formaron en la península Ibérica una vez desaparecida la monarquía goda. No fueron diez los islotes, sino seis. Las provocó el mal entendimiento de los sometidos.

El rechazo a los invasores se inició en Asturias. Allí los primeros reyes, conscientes de su debilidad, sólo ampliaron su dominio cuando se mostró seguro el avance. En cuanto los invasores se retiraron a tierras menos húmedas y más fértiles, en cuanto los defensores del islam se enzarzaron en una guerra civil, en cuanto observaron un descuido en las defensas, ocuparon Galicia.

Los vecinos hispano-godos del otro lado, que vivían en permanente desasosiego a la espera de inopinados enfrentamientos, fortificaron con torres de defensa los puntos estratégicos. Aquel territorio se llamó Castilla, y fue cuna, como es sabido, del castellano. Esta falta de unificación política había de propiciar el nacimiento de tres dialectos, gallego, asturiano y castellano.

En el reinado de García I (911-914) se produce un avance revelador del primer reino cristiano. Las fronteras avanzan hacia el sur. La corte se traslada desde Oviedo a León. Los reyes de León, animados por los avances territoriales, se consideraron legítimos herederos de la monarquía visigoda. Y lo hicieron sin contar con los vecinos navarros que, deseosos de organizar su parcela, su isla, fundaron reino y cruzada y emprendieron su propia reconquista, y con ella se gestó su lengua. La iniciaron con Sancho I (905-925).

Un poco más allá Borrell II (947-992), conde de Barcelona, aprovechando un descuido del imperio franco, se proclamó independiente y, tomadas las riendas, amplió sus dominios a otros condados. Los pasos se parecían mucho a los de Castilla y fueron germen de la futura Cataluña, otra isla. En el año 988 fundó igualmente su propia cruzada.

En el sur, a la evolución del latín hablado en territorio árabe, se le llamó mozárabe.

El nacimiento de las lenguas del norte peninsular se debe por tanto a la especial vestimenta con que se disfrazó el latín en aquellos territorios. Otros dirían, con menos encanto, el latín degenerado. Mejor entender que las lenguas no se pervierten, sencillamente evolucionan, cambian, se acomodan, se ajustan a las demandas de sus hablantes, sean del tipo que fueren. Muchas de ellas desarrollaron un estilo literario oral, pero no necesitaron reflejarse, al menos de manera suficiente, en la escritura. Y, sin tiempo para advertirlo, se vieron eclipsadas por otras de su vecindad que, incentivadas por el poder político, lograron alzarse como nacionales.

La evolución de la lengua de los romanos en Cataluña se llamó primero catalán, y más al sur, valenciano. Navarra dio cobijo al dialecto del latín llamado navarro, y en su extensión hacia el sur, aragonés. Y si Castilla acunó al castellano, en su extensión hacia el sur siguió llamándose castellano porque su fuerza político militar fue más contundente y estuvo unificada. El latín de Asturias pasó a llamarse leonés más al sur; y el de Galicia, por razones que ahora explicaremos, portugués.

Pues bien, dividida la península en cinco islas de lenguas, todas quieren avanzar hacia el sur ensanchando territorios, y a medida que lo hacen va desapareciendo el mozárabe asimilado por la lengua de los conquistadores que solo unos siglos antes había sido la misma.

Y ahora viene la ficción: ¿Qué habría sucedido si aquellos pueblos inspirados en el Islam no conquistan la península? Si el latín permanece políticamente unificado hubieran podido formarse parcelas de hablas, pero la lengua común, la lengua que imita el pueblo habría sido la del poder, y propongamos que otros reyes que siguen a los godos impiden la fragmentación peninsular, aunque no evitan la frontera de los Pirineos. El latín evoluciona hacia una lengua que vamos a llamar el ibérico, única para toda la península. Nada que ver con el íbero, que ya había desaparecido.

Pero imaginemos que a don Pelayo no se le ocurre enfrentarse a los invasores, y tampoco tienen la idea otros hispanos, lusitanos o godos. ¿Qué hubiera pasado con el latín? Tal vez habría corrido la misma suerte que el hablado en el norte de África, es decir, el desvanecimiento y muerte. Y si hubiera podido permanecer, hoy seríamos bilingües con dos lenguas, una familiar, de origen latino, el mozárabe, y otra semítica, el árabe, que sería también la de cultura, y, por ende, la utilizada en esta conferencia. En cualquier caso españoles y portugueses hablaríamos la misma lengua.

SEGUNDA CIRCUNSTANCIA

El río Miño, rigurosa frontera

En su lucha contra los musulmanes, Alfonso VI (1065-1109), rey de León y de Castilla, o de Castilla y León, como se llama ahora, que incluía a Galicia, pidió ayuda al Ducado de Borgoña, importante estado de la Europa medieval con capital en Dijon que fue independiente entre el año 880 y 1482. Y el duque, a la sazón Roberto I, le envió a su propio hijo, que fue conocido por estas tierras como Enrique de Borgoña, valeroso guerrero en sus choques con los musulmanes. Y como prestó gran servicio a la Reconquista, el rey leonés, en agradecimiento y recompensa, le concedió el Condado Portucalense, que se extendía entre el río Miño y el Mondego, que desemboca más al sur, y que se había formado hacia 1095. El borgoñés, tan bien avenido con el monarca, contrajo matrimonio con una hija natural de Alfonso VI, Teresa de León. Su otra hija, ésta legítima, doña Urraca, sucedería a su padre como reina castellano-leonesa.

El hijo de Enrique de Borgoña y Teresa de León, Alfonso Enríquez, dedicado también, como su padre y su abuelo materno, a la lucha contra los invasores, salió victorioso en una gloriosa y difícil batalla, la de Ourique, contra un potente y temido ejército, el almorávide. Las tropas victoriosas, entusiasmadas con el artífice, lo aclamaron rey de Portugal. Corría el año 1139. Y como las coincidencias no vienen solas, solo cinco años después el monarca castellanoleonés Alfonso VII necesitó, para proclamarse emperador, tener otros reyes como vasallos. Por eso el valiente guerrero hijo de borgoñés y leonesa fue ungido rey de Portugal por el arzobispo de Braga con el nombre de Alfonso I. Y como a lo largo de cuarenta años de batallas contra los que ellos llamaron infieles duplicó la herencia territorial, se ganó merecidamente la monarquía y pasó a la historia como El Conquistador. La corte se trasladó hacia el sur al ritmo de las conquistas: primero fue Coimbra la capital, luego Santarem, y finalmente Lisboa. Los portugueses dieron fin al trazado de su nación con su llegada a los límites marinos mucho antes que los castellanos. En 1249 el quinto rey de Portugal, Alfonso III de Borgoña, tomó la ciudad de Faro, último baluarte moro. Y ahí pusieron fin a la guerra. A los castellanos les duró dos siglos más.

Pero volvamos al momento en que Alfonso VI funda, sin saberlo, Portugal. Por entonces no existe sino una lengua, el gallego. Y sus suertes y usos literarios no inician el divorcio hasta finales del siglo XV. En su trayectoria independiente, audaz y viajera, el portugués ha de convertirse en lengua internacional; el gallego, sin embargo, se recluye fortuna más modesta condicionado por el castellano. Son los azares locos de la historia.

Si Alfonso VI no reparte territorio, y elige otra recompensa para su yerno, por ejemplo la de nombrarlo primer ministro, lo más probable es que gallego y portugués no se hubieran diferenciado y, sin especular con más posibilidades, podríamos decir que Portugal hablaría gallego y los hablantes de gallego probablemente, casi sin duda, serían bilingües con el castellano porque la suerte política habría ido unida a la de Castilla. ESta conferencia sería entonces dictada también en castellano porque portugueses y españoles, una vez más, hablaríamos la misma lengua.

TERCERA CIRCUNSTANCIA

El ardid de la nobleza castellana y aragonesa

En el año 1469, en la mañana del diecinueve de octubre, una princesa castellana, que contaba dieciocho años, contrajo matrimonio con un joven aragonés, príncipe también, un año menor que ella. Los contrayentes se habían conocido cuatro días antes de la ceremonia; y una y otro, Isabel y Fernando, eran posibles herederos de sus respectivos reinos. Y una vez unidos la corona de Aragón, que se extendía por Cataluña y las Islas Baleares, y la de Castilla, que ya incluía León y Galicia, ambos monarcas, Isabel y Fernando se hicieron cargo, por igual, de un amplio dominio. A tuerto o a derecho, se dio inicio a la unidad territorial y con ella, aunque nadie la impuso, al camino hacia la unidad lingüística.

Ni el monarca de Aragón, Juan II, ni el de Castilla, Enrique IV, hermano de la futura reina, tuvieron noticia de aquel matrimonio hasta después de consumado. Había sido una insubordinación de la nobleza. Pero cuando las revoluciones triunfan no se buscan culpables. Solo brota la contrariedad cuando naufragan. A lo que la historia presta mucha menos atención es al plan, más legal, aunque también ardid, deseado, urdido y no consumado del rey de Castilla, que era casar a su hermana Isabel con el rey de Portugal. Si los nobles no se hubieran anticipado con la estratagema, tal vez aquella unión política interesada, hubiera dado como resultado la implantación del castellano en Portugal. Claro que, por otra parte, y salvo otro extravagante contratiempo, el castellano, sin boda con príncipe aragonés, no se habría instalado en Cataluña, y hoy el catalán no sería lengua condicionada al castellano, sino libre. El gobierno autonómico actual, tan interesado en la independencia, no necesitaría la consulta. El hecho es que no fue así. Y una vez que aquel príncipe Fernando fue rey de Aragón, territorio que se extendía por Cataluña y las islas Baleares, y una vez reina la heredera de Castilla, territorio que se extendía también por León y Galicia, se hicieron cargo, por igual, de un amplio e inesperado dominio que excluía, queda claro, al territorio cedido por Alfonso VI a su yerno y luego ensanchado con las conquistas.

Si la reina católica se hubiera casado con el heredero del rey de Portugal una vez más portugueses y españoles hablaríamos la misma lengua, aunque uno de los dos dominios habría de ser bilingüe.

CUARTA CIRCUNSTANCIA

Los portugueses, de espaldas a Europa, trazan rutas marítimas**.**

En el siglo XVI los hablantes de lenguas-islas se suman, sin que nadie lo exija, al español. Y lo hacen de la misma manera que hoy deseamos al inglés, es decir, sin poderlo evitar. A principios del siglo XVI los gallegos dejan de escribir su lengua. El leonés o astur-leonés, confundido con el castellano, su lengua vecina, no desarrolla su identidad. El aragonés pierde muchas de sus características propias a favor del castellano y se atasca en un desarrollo propio. Y en el este peninsular, el catalán, que ya se ha puesto al servicio de una brillante literatura escrita, se deja de escribir. La siguen hablando, se tornan bilingües y desde entonces hacen del castellano su lengua literaria, a excepción de algunas obras.

El perfil de Portugal, enfrentado al océano Atlántico, se parece mucho en su forma al de los fenicios tiempo atrás, frente al mar Mediterráneo. Ambos territorios se extienden el franja, y a la espalda un inmenso bosque montañoso allí y un país, casi siempre visto con mala cara, aquí. Y eligieron, como era previsible, la ruta marítima, y así evitaban a sus únicos vecinos por tierra. Tal vez por eso Enrique el Navegante (1394-1460), hermano del rey, facilitó y organizó grandes expediciones, aunque no participaba en ellas, que sirvieron para trazar los puntos estratégicos que habían de conducir a los portugueses por el mundo. ¿Cómo iban a sospechar que frente a ellos, pero distante, lo que había era un inmenso continente que separaba los mares de norte a sur? Allí donde llegaban los barcos, anclaba también la lengua, y se instalaba gustosa en boca de los lugareños. El azar, tan protagonista en el curso de la historia, quiso que la expedición más fructífera fuera, sin embargo, auspiciada por la Corona de Castilla. Pero hubo otra en 1500 al mando, Pedro Cabral que sale del puerto de Lisboa y, confundido por los vientos, toca la costa de lo que él considera una isla. La llama Vera Cruz. Para fortuna de la lengua portuguesa se había equivocado. Cabral y sus marineros fueron los primeros europeos que pusieron el pie en Brasil.

En 1572 nace el portugués clásico. Lo apadrina Luis de Camoens cuando publica Los Luisiadas. en 1572 de Camoens nace el portugués clásico. Y lo hace en un momento en el que la lengua de moda es el castellano. Por eso ni Camoens ni otros escritores portugueses como Gil Vicente (1470-1537) tuvieron inconveniente en utilizar la lengua vecina como lengua literaria, que venía siendo, y seguirá, una

venerada tradición hispánica, pero también una natural tendencia de la libre elección de los hablantes en todos los lugares del mundo y en todas las épocas.

Si los portugueses no le dan la espalda al continente, si miran hacia Europa, está claro que hubieran bebido mucho más en la lengua de moda. Y podrían haberse unido definitivamente los destinos de España y Portugal cuando en 1580 formaron un único país. Cabe pensar que el español podría haber entrado de lleno en el dominio del portugués de no haberse producido de nuevo la escisión en 1640. El español era por entonces la lengua de moda, de referencia en los viajes, de los ejércitos, de la instrucción, de la cultura, de la clase alta, de la fineza, de la expresión distinguida y del señorío… Todo occidental que se preciara tenía la obligación de pasar por el español. El español alcanzó un prestigio similar al que hoy ciñe al inglés, o al que años antes había exhibido el latín. Y los portugueses, qué pena, no cuajaron en la aventura porque ya tenían ellos previsto un plan para salpicar de colonias el mundo, y casi lo consiguen.

Me fascina Portugal, me encanta su gente, me seducen sus ciudades, me recrea pensar en su historia, me entusiasma su lengua. Sirva mi ficción histórica para aclamar y exaltar los vínculos que han de presidir la relación entre nuestras dos naciones.